

LA TORTURANTE BELLEZA DE CHODERLOS DE LACLOS

POLICARPO VARON

Dichosamente, el T.P.B. ha repuesto las mejores películas del año pasado. *Las relaciones peligrosas* y *La misa terminó*, que enseguida reseñaré, hacen parte de la selección re-visita.

Naturalmente, uno no espera mucho de una adaptación. O mejor dicho: una cosa es un libro y otra un filme. Se afirma que los dos pueden existir paralelamente, que ambos serían, acaso, bellos. No es fácil traducir un libro para el cine; no es fácil hacer bello cine con un bello libro. Hay un ejemplo admirable de esta difícil convivencia entre film y literatura: *Diario de un cura de aldea*.

Las relaciones peligrosas, la extraordinaria novela epistolar de Choderlos de Laclos, es libro tan perverso, tan racional, tan inquietante que quien lo ha leído puede imaginar inevitable, imprescindible (?), la cinta. El guión procede de una adaptación de la novela. Los actores centrales son Glenn Close, John Malkovich, Michelle Pfeiffer. La dirección es de Stephen Frears. La lengua inglesa de la película es menos útil que el francés en el cual el amor se dice mejor. Notablemente, el libro de Choderlos de Laclos es una excelente introducción a un arte amatoria amoral, cortesana. Es, también, un libro apasionado, un libro tramado con eficacia y con gracia.

El argumento de *Las relaciones peligrosas*, me refiero al filme, es insignificante: una mujer de clase alta, una aristócrata, pacta una venganza con un hombre joven de su clase, un hombre de mujeres, un seductor. Importante para la trama es la edad y el estado de salud de la mujer.

Aquél, pide ésta, debe seducir a una jovencita, por lo cual la madura dama se le entregará (se han amado ya). El noble emprende su dura tarea, su gozosa tarea. La película describe el arte espléndido del personaje, describe las reacciones y la educación erótica de la muchacha, describe la placentera constatación que los dos libertinos maduros hacen de su victoria, dramatiza la religiosidad crédula, imbécil de la madre de la adolescente, la intriga de los amigos en acuerdo. Media aquí una mujer más madura y más deseable que la adolescente. El pérfido noble, por una necesidad argumental, pero también por circunstancia epocal, quiere cobrar una nueva victoria. Aquí la descripción de la seducción, de la astucia, de la técnica del conquistador es, otra vez, visualizada claramente. Choderlos de Laclos escribió, seguramente, una novela en la cual es ejemplar, es muy realista y objetiva, la poetización del erotismo dieciochesco...

Pero no es bella la psicología de esta mujer seducida, no es bello el rostro convulso a la vista del seductor, no es bello el paroxismo del deseo. En las fotografías que toman la reacción y el cuerpo de las mujeres derrotadas por el arte seductora, en las imágenes de la mujer vencida, la novela y la película conciertan. Pues aquélla, se dijo, es el libro de un libertino que no desconocía su sujeto.

La fotografía es, pues, muy experta. El director permite, sin embargo, el gesto excesivo (de los dos nobles, de la casada infiel, de la jovencita), permite que las reacciones actorales afecten psicológicamente al público... La actuación es excelente por lo que tiene de realista, de vivencia auténtica de la intriga amorosa del

siglo dieciocho... Obviamente, se trata de un arte anacrónico. El espectador, que en la adolescencia amó al maestro de la seducción, constata en el filme la pesadez y el recargo en los atuendos, es espacio amplio pero abarrotado, profuso de colorido, de tonos primarios y subidos. Sin esperanza, el público, el discípulo secreto del vizconde implacable, observa la ineptitud de la moral, la grosería, la tontería y la triste creencia del seductor... El destino del hombre de mujeres es miserando.

Se han mezclado al recuento del argumento observaciones morales, juicios sobre decorado y trabajo de los actores y del director... Posiblemente la secuencia inicial, en la cual los nobles son vestidos por sus criados, dicen vivamente atributos esenciales de la época de Choderlos... El final no es menos significativo pues el argumento previsiblemente conduce al noble, al vizconde seductor a un duelo por desencanto, por honor, por arrepentimiento. Lo central en este final se deja presentir en el hecho de que el seductor pueda sentar cabeza, abandonar los trabajos perdidos de la seducción y tomar el duro camino del amor... Ignoro si estos dos pormenores corresponden a la novela; quizás la producción de la película vería en ellos, como siempre, una buena inversión. El rasgo secreto de la protagonista aristocrática, que la ha llevado a tramar su venganza, su maligno juego —la lepra—, apenas es sugerido en las últimas imágenes de la cinta.

Se dijo ya que la conducta de estos dos nobles, son la conducta de la seducción amoral. Choderlos era un hombre del siglo XVIII y quizás usa en la conquista la razón, se sirve del

cálculo y de la lógica. Sabían la noble y el seductor como reaccionaban las mujeres ante el Don Juan... El libertino emplea una matemática infalible; el libertino, sigue en esto la película a Laclos, carece de escrúpulos, es cínico, es inhumano. Para un tiempo en que la mujer es considerada divinamente respetable, en que la franqueza (debida a la psicología y a la filosofía) han, acaso, abolido las sombras en el amor, en que una gozosa y física genitalidad es de uso general, los principios de este noble dieciochesco son realmente reprochables... La conducta del vizconde, pues, es inadmisibles para el espectador enterado de hoy.

De esta última observación puede el público derivar la objeción central contra el film: el vestuario espléndido y profuso de colores, las artes amatorias dieciochescas, el decorado verdadero, realista, exacto, por lo que recuerda del tiempo del relato, los gestos repetidos de la seducción son excesivos en esta magnífica adaptación de *Las relaciones peligrosas*... El espectador, el ojo atento que mira con discernimiento quizá perciba la esencial motonía, lo fragmentario de las imágenes y del argumento, la falta casi obvia de matices y de contrastes.



ILUSIONES Y MISERIA DE LA AUTENTICIDAD

El campo en las primeras imágenes de *La misa terminó* es muy vasto. Un hombre salta al agua y gana la orilla opuesta. Un recodo de costa, una linda bahía... supongo que todos hemos querido alguna vez saltar al agua y abolir el abismo... Esta secuencia inicial no da la atmósfera general de la película, es meramente adjetiva. Hay un segundo momento del argumento, hay un *gag* casi inmediato en el cual el sacerdote, es, al parecer, el mismo personaje que ha nadado antes, desemboca en una cancha donde juegan niños y muy espontáneamente se mezcla en el juego, trata de gambetear y cae, y la cámara lo toma precario, cuan largo es, muy humano, casi humillado, sobre el polvo.

Nanni Moretti es el director de este filme. Sus felicidades iniciales suscitan la ilusión del juego, de la belleza, de una forma de pureza, de integridad... El argumento, muy presumiblemente, describe los dolores, los problemas, los actos difíciles y la interioridad inquieta, ansiosa, indecisa de un sacerdote de provincia.

Para quien desee ver y oír conflictos psicológicos, sociales, de relación, de compromiso; para quien quiera observar el razonamiento, un permanente razonamiento sobre la acción y la conducta del hombre, *La misa terminó* es recomendable. Es muy notorio el volumen de conflictos que el guión, que el argumento, que la dirección o la producción cargan sobre el carácter y la tarea del sacerdote.

Es casi obvio el reproche aquí, pues inmisericordemente el protagonista encara —quienes imaginaron el film, mejor— innumerables miedos, ansiedades, vacilaciones, sufrimientos de conciencia.

Ejemplos: el sacerdote tiene unos amigos; uno de ellos ha sido encarcelado por activismo político; el cura es llamado a declarar; su sinceridad, su valor al buscar la verdad o la justicia entran en contradicción con el juez, con el acusado... Al final de la película el acusado ha sido absuelto,

busca a su amigo, busca refugio, conversación, solicitud: el sacerdote lo rechaza. El psiquismo del sacerdote es visible en las dos ocasiones; su conciencia no logra fijarse, una conducta buscada y su palabra chocan, el deseo y el acto se enfrentan.

Naturalmente, esta cinta es mucho menos apasionada, mucho menos bella y suscitativa, mucho menos solitaria que la novela de Bernanos, que describe el alma de un sacerdote pueblerino: *Diario de un cura de aldea*.

Desde luego, la familia del protagonista es considerada por la invención del argumentista: la madre, el padre, una hermana: un grupo perfecto, burgués o pequeño-burgués... Las imágenes son plácidas: fotografía del hogar, comidas, intimidad, felicidad, una gran biblioteca, concierto. Dos veces, sin embargo, el orden estalla: el padre se ha enamorado, la hermana ha quedado embarazada. Aquel busca al hijo, éste ha de juzgarlo, absolverlo; la cámara muestra al sacerdote sentado, refugiado en el confesionario, llorando en el momento en que el viejo entra a la iglesia... Cumbre de esta serie, casi inagotable, de pruebas, de abismos de conciencia y de conductas sociales e íntimas, es la secuencia en la cual hermano y hermana discuten el aborto. Vemos al sacerdote exacerbado, violento; formula su vieja sabiduría sobre la verdad de la vida, la grita; violenta, golpea, sacude a su hermana... Esto no es suficiente; aborda al amante de la joven, lo encara, lo juzga, examina, desde su credo, la situación de los amantes.

Imposible enumerar la problemática de familia, de amigos, de los feligreses. Estos son descritos de diversas maneras: en familia, en el templo, en diversiones, en la hora de la doctrina, a la hora atroz del deshonor, o de la miseria interna o de relación... Todos sufren el malestar, y de las muchas, de las casi innumerables formas en que se vulgariza al hombre y su tragedia, en que el mal se hace visible, afectan la vida, la decisión, la acción del sacerdote.

Uno diría: pero este argumento es un anacronismo, pero este sacerdote

sólo es posible en edades crédulas, en épocas morales. Digamos en la Colombia de hace cuarenta años, cincuenta años, proclive al fanatismo, a la ortodoxia, a la superstición, a la intransigencia, al sentimiento del pecado... No..., esa geografía moral, ese espacio corresponden a un país educado, civilizado.

Es sabido que una historia como esta es ociosa en un tiempo en que todo está permitido y en el que el sentido, la verdad, son actos individuales, son reacciones privadas o en el que la acción es administrada, o impartida a la masa por el individuo que proyecta y que, es el anonimato del desorden, no es enjuiciado, ni juzgado. El anacronismo consistiría en esa ociosidad esencial de la ficción.

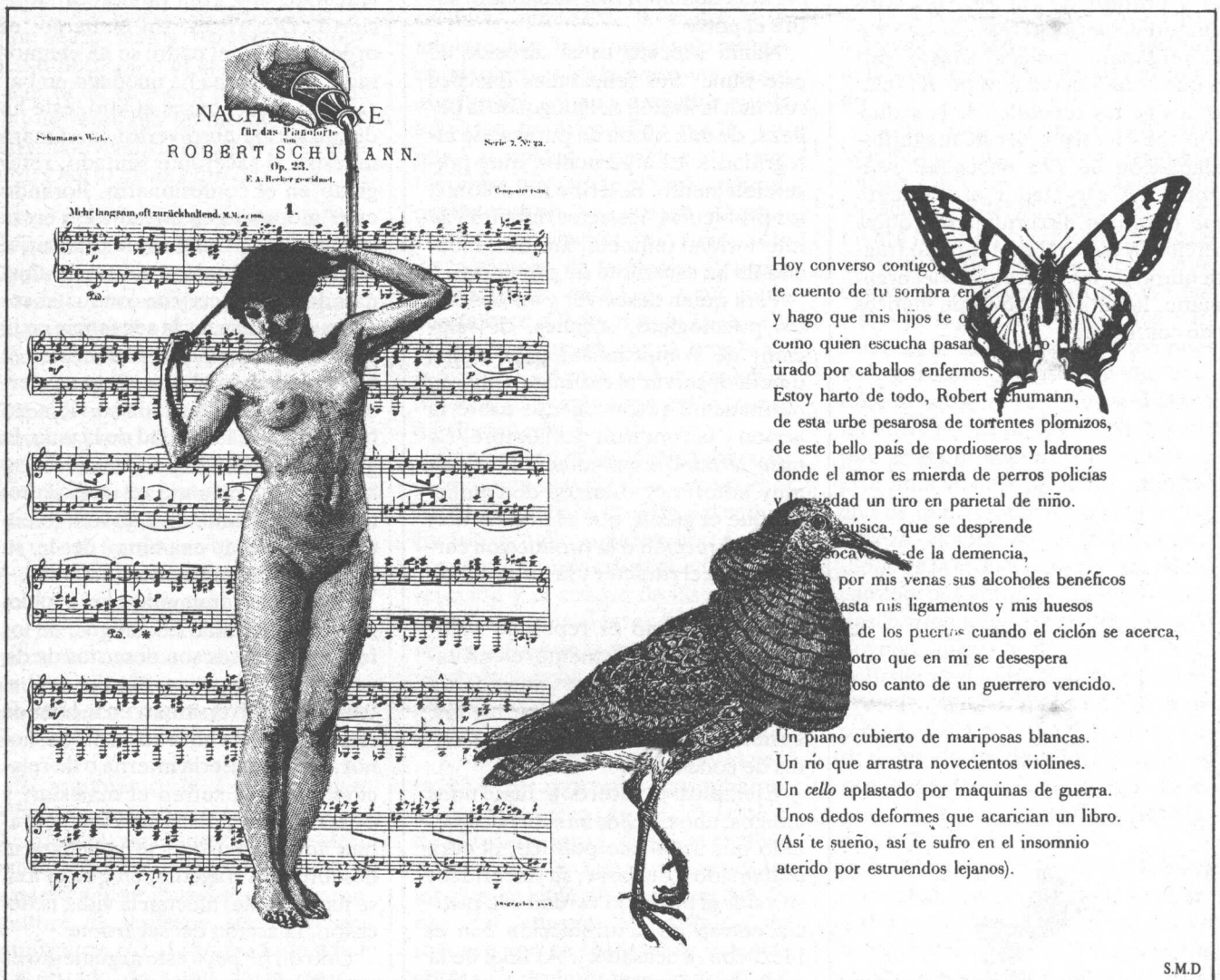
Tal vez en un momento en que una observación como la precedente carece de utilidad, es tonto hacerla, es charro señalarla... Hay, en cambio, objeciones a la estética de la cinta de Moretti...: la más localizable diría que el argumento está tan abarrotado de problemas de conducta, de ambigüedades de conciencia que fatiga al público. Otra, que hay exceso, que hay sobreactuación; que la palabra es enfática, que el gesto es violento; que la imagen es percibida por lo bizarra, como patética; acaso que hay una obvia fealdad en una película en la que la verdad de lo humano es mostrada con una crudeza brutal, sin sutileza.

Es buena la imagen a veces, como es propia del realismo italiano. Hay belleza en las fisonomías humanas,

hay gracia y juego en algunas secuencias, hay una bella intención de hacer una película seria; pero el hermoso propósito se malogra al errar la imaginación del argumento y al perder lo esencial del verdadero problema humano.

Las relaciones peligrosas y *La misa terminó*, se dijo, son los títulos de estos dos filmes. En los cuales la abundancia de nuestra época es físicamente visible en lo interno, en lo externo; época en la cual el cine reitera que no tenemos puerta, que no debemos pensar en la esperanza... Los difíciles tiempos del desconcierto, del caos, han llevado al arte, y a la poesía a hacer sentir el malestar, la náusea y el en vano...

P.V.



Hoy converso contigo
 te cuento de tu sombra en
 y hago que mis hijos te oigan
 como quien escucha pasar un carro
 tirado por caballos enfermos
 Estoy harto de todo, Robert Schumann,
 de esta urbe pesarosa de torres plomizas,
 de este bello país de pordioseros y ladrones
 donde el amor es mierda de perros policías
 y la verdad un tiro en parietal de niño.
 Música, que se desprende
 de los cavos de la demencia,
 por mis venas sus alcoholes benéficos
 hasta mis ligamentos y mis huesos
 de los puertos cuando el ciclón se acerca,
 otro que en mí se desespera
 en el canto de un guerrero vencido.
 Un piano cubierto de mariposas blancas.
 Un río que arrastra novecientos violines.
 Un cello aplastado por máquinas de guerra.
 Unos dedos deformes que acarician un libro.
 (Así te sueño, así te sufro en el insomnio
 aterido por estruendos lejanos).